

EZEQUIEL de Zhyl Black

Cuando llegó al cruce, el semáforo se puso en rojo. Una niña de unos doce años miró hacia ambos lados de la calle, y, al ver que no pasaba ni un alma, cruzó. Siempre había odiado ir sola al colegio, pero nadie quería acompañarla. Además, su madre trabajaba día y noche para poder llegar a fin de mes. O eso había oído en las conversaciones que tenía con la abuela. Por eso, Margarita, su madre, no podía acompañarla. Ella lo entendía, aunque a veces se sintiera sola. Aquella mañana llovía a cántaros y, aunque odiaba el frío, le encantaba sentir el agua fría cayendo por sus mejillas. Por fin, observó cómo una fachada deslucida y exótica aparecía en su campo de visión. No quería verla, quería que desapareciera, pero no lo hizo. Nunca lo haría.

—¡Nora! ¡Cuidado con el espeluznante puente que te conducirá a la horrible clase de mates! —escuchó de repente una voz chistosa a su espalda.

—¿Espeluznante? No lo dirás por el sonido metálico que se oye cada vez que lo piso, ¿verdad? —Nora sonrió irónicamente (al menos, lo intentó) mientras dio media vuelta. Lo que vio no le molestaba. Un chico de alrededor de doce años la miraba fijamente, intentando aguantar la risa. Llevaba una camiseta morada con unos vaqueros que le sentaban más que fenomenal, al menos eso pensaba Nora.

—¡Vamos! —dijo Ezequiel mientras le daba la mano. Nora esperaba que no se hubiera dado cuenta de que se había sonrojado, porque no tenía ningún tipo de duda de que lo había hecho. Aunque no entendía por qué. Era su amigo. El único que tenía en realidad. Se sentía muy afortunada de tenerlo. Ezequiel tenía ese tipo de personalidad que hacía que te olvidaras de todos los problemas. Y en su vida los problemas no sobraban precisamente.

—Odio la clase de mates —comentaba Ezequiel mientras entraban por la puerta. Nora vio cómo su amigo le sonreía, pero la sonrisa no le llegaba a los ojos. «¿Qué es lo que estaría pasando?», se preguntó.

—Pues la tenemos a primera hora... —Ezequiel se llevó una mano a la cabeza y se cogió un mechón de pelo. No tenía el pelo especialmente largo, pero sí lo suficiente para poder enroscar su melena castaña en su diminuto dedo. Dejó de sonreír y soltó algo que Nora ya

esperaba, aunque no quería reconocerlo. —Hoy no iré a clase, me quedaré por las afueras.

—¿Por qué? —quiso saber.

—No quiero escuchar ninguna risita, me sienta bastante mal —era cierto, los de clase no hacían más que soltar risitas cada vez que hablaban. —Nos vemos en el recreo, te quiero.

Inevitablemente, Nora volvió a sonrojarse. Aunque, en realidad, dudaba de que el sonrojado anterior hubiera desaparecido. Daba igual, la clase de mates la esperaba. ¡Yuju...! Cuando Ezequiel desapareció, Nora decidió entrar en clase. No sabía cómo eran las clases en otros institutos, pero la suya solo le transmitía malestar. Las paredes eran de color blanco y había unas veinte mesas aproximadamente, con sus respectivas sillas. No eran muchos, era lo que tenía vivir en una ciudad tan pequeña. Nada más entrar, Nora notó como todos sus «compañeros» clavaban la mirada en ella.

Esa misma mañana casi no había conseguido levantarse de la cama, quería seguir durmiendo, pero, con gran fuerza de voluntad, decidió quitar las sábanas y brincar literalmente fuera de su precioso paraíso. Puede parecer exagerado, pero si no lo hacía, no salía de allí. Como ya era tarde, tuvo que coger lo primero que vio, lo que llevaba puesto en este mismo momento. Unas mallas verdes con una camiseta blanca. Todo de una tienda de segunda mano. Odiaba que la miraran como si fuera un bicho raro, porque no lo era, ¿verdad?

—Nora, ¿dónde está tu amiguito? —la sutil voz de Clara siempre le daba dolor de cabeza. ¡Qué niña más desagradable!, pensaba. Puede que siempre estuviera bien peinada y perfumada, pero por dentro estaba podrida. A pesar del evidente desagrado que sentía por ella, nunca quiso problemas. Le sonrió y se dirigió a su silla, al fondo de la clase. Sabía que a Clara le había molestado que la ignorara. Era ese tipo de personas que si no era el centro de atención, su mundo se derrumbaba. Le daba igual. Tampoco estaba obligada a contestar todas las estupideces que salían de su boca.

A pesar de la somnifera clase de mates, la mañana transcurrió con relativa rapidez (y paz). Por fin, sonó el timbre del recreo. Con ansias, Nora recogió sus cosas y las metió en la mochila. No se fiaba de dejar las cosas en clase, nunca se sabía lo que podía pasar. Se colgó la mochila a las espaldas y salió corriendo en busca de su único amigo. Estaba bastante preocupada por él. Últimamente faltaba casi todas las clases y solo se veían en el recreo. A ella no le importaba, pero no quería que repitiera curso.

Justo cuando salía al patio, lo vio a lo lejos. Estaba sentado en una roca en la esquina más alejada, como si estuviera escondiéndose de alguien. Empezaba a sonreír cuando la miró directamente a los ojos. Había pánico en su mirada. ¿Estará enfadado conmigo?, pensó con tristeza. Justo en ese momento Ezequiel empezó a sonreír como si fuera el mejor día de su vida. Nora se ruborizó. Nada más ver esa sonrisa, se olvidó del pánico que había visto antes en sus ojos y se acercó a él, ilusionada.

—¿Qué tal tu escapadita? —le preguntó.

—Muy bien —contestó Eze, pero su voz había cambiado y, además, ya no sonreía. Nora volvió a acordarse de lo que había pasado minutos antes.

—Eze, ¿qué tal? —eran José y Marcos. Sin embargo, Ezequiel no contestó. José empezó a reírse. Nora no entendía por qué su amigo no hablaba con los demás, era como si huyera de ellos. Se había dado cuenta de que la única excepción era ella.

En ese momento, sonó la sirena y era hora de volver a clase. Ezequiel la miró poco convencido, se dió media vuelta y desapareció. No sabía por qué, pero Nora sentía una corazonada de que algo iba muy, pero que muy mal. Decidió subir a clase y esperar a que pasaran las horas hasta salir a casa a comer. Ese día, en especial, su madre le había dado dinero para comer algo lujoso, como siempre decía ella. Sonó el timbre mientras los alumnos escribían una redacción sobre su mejor amigo. Rápidamente, Nora recogió sus cosas y se metió el billete de veinte euros en el bolsillo. Salió a los pasillos mientras José la miraba maliciosamente. De repente, le recorrió un escalofrío por toda la columna vertebral. Nora abrió la puerta metálica y salió corriendo hacia su casa.

Sin embargo, cuando estaba a mitad del puente, alguien la empujó. La sorpresa y la supervivencia fue lo primero que sintió. Después, el terror de que alguien la hubiera empujado. Cuando se dio cuenta de quien lo había hecho, lo único que pudo sentir era la traición: Ezequiel la había empujado. Cerró los ojos, intentando despertar de esa pesadilla. No podía ser real: ¡estaba colgando de los barrotes del puente! Estaba tan frío... que quería soltarlo, pero si lo hacía, moriría.

—¡Ay, Norita! ¿No te cansas? —Un momento. Si Ezequiel la había empujado, ¿por qué escuchaba esa voz tan sutil y diabólica? Cuando Nora levantó la cabeza para abrir los ojos, no vio a su amigo por ninguna parte. Sin embargo, a quién sí vio fue a Clara, que estaba acompañada de José y de Mario. Se acercó a ella, le sonrió y le dio una patada en la mandíbula. La sangre comenzó a caer por el cuello de Nora y el dolor era insostenible. Sin

embargo, no soltó los barrotos, no podía hacerlo. Sabía que su madre lloraría mucho si ella... decidía desaparecer para siempre.

—No me hagáis daño, por favor... —suplicó Nora, sollozando.

—¿Me pedirás perdón, querida? —¿Disculparme? ¿Pero... de qué? —Has hecho muy mal mintiéndome. Eze no me ha saludado, ¿por qué será? —decía José. Si se lo hubiera dicho Clara, lo habría entendido, pero ¿José? ¿Qué quería él?

—¡Te pediré perdón! —Nora estaba muerta de miedo. —Perdóname, perdóname...

—Mientras lo decía, Marcos la cogió del brazo y, con la suficiente fuerza, la subió a la zona segura del puente. Metió su horrenda mano en el bolsillo de su pantalón y le quitó los veinte euros. Maldita sea, mis veinte euros, pensó Nora, horrorizada.

—Esto te pasa por ignorar a Clara —dijo Marcos, riéndose.

—¡No! —gritó Nora mientras los crueles alumnos se iban corriendo. Eran los ahorros de su madre. Comenzó a llorar. Las gotas frías caían sobre su mandíbula, esta vez sangrienta, mientras los truenos caían del cielo, como si este llorara por ella. Nadie la ayudaba: ni alumnos, ni profesores, ni Ezequiel. Pero claro, Ezequiel no podía. ¡Joder! No podía porque era una maldita imaginación de su cabeza. ¿Cómo no se había dado cuenta? Por eso nunca hablaba con nadie, por eso todos se reían, porque nadie podía verlo ni hablar con él. Solo ella.

Nora se levantó para resguardarse de la lluvia. Fue a casa para curarse las heridas, aunque nunca podría curar las de su corazón. Cuando llegó a casa, no había nadie. No estaban ni la abuela, ni su madre, ni sus hermanos. ¿Quién la encontraría? No quería pensar en ello. No quería sufrir más. Solo quería encontrar la paz y la tranquilidad. Solo había una forma. Llenó la bañera de agua hasta arriba, se metió y... todo se volvió negro.

Unos meses después

—Hija, tienes que salir de ahí, por favor.

Margarita estaba tirada en la cama. Los últimos meses, desde la extraña muerte de Nora, su madre había vivido muerta en vida. Apenas se levantaba de la cama, había renunciado al trabajo y solo se sentía culpable por todo lo que había pasado. Menos mal que habían

podido sobrevivir gracias a la pensión de la abuela y la ayuda de Héctor, el hermano de Nora, que había dejado apartada la universidad para ayudar a su abuela con la casa.

—Mamá —esas fueron las primeras palabras de Margarita en meses, si obviamos los gritos desgarradores de dolor. —¿Crees que aún sigue aquí? —la abuela la miraba con pena, pero también entendiendo lo que sentía. Había perdido a una hija, ¿cómo sino iba a sentirse? Ella veía como su hija se moría lentamente en vida y casi no podía aguantarlo. ¿Cómo sería perderla para siempre? ¿Cómo sería saber que tu hija se ha suicidado?

—Creo que siempre estará con nosotras. En nuestro corazón.

—Quiero que vuelva.

—Lo sé, cariño. Pero solo puedes hacer una cosa. Levantarte y vivir por ella, por lo que no pudo vivir, por lo que no le dejaron vivir. —Había odio en esas últimas palabras. La abuela había seguido viviendo, pero no había olvidado. Llevaba semanas preparando una campaña anti-bullying. No pararía hasta que todo el mundo supiera lo que le había pasado a su nieta para que ninguna criatura sufriera lo mismo. A veces se sentía culpable. Tendría que haberlo visto, tendría que haberse dado cuenta de que algo no iba bien con su nieta. Por eso siempre tenía la mirada perdida. —Además, Nora no querría que estuvieras así. —Margarita la miró, pero en su mirada había algo diferente. Estaba viendo a su madre por primera vez en meses. Y entonces lo decidió.

Margarita asintió y se levantó de la cama. La abuela se sorprendió de que su hija se hubiera levantado. Vio como su hija se limpiaba las lágrimas de la cara y, a pesar del dolor que sentía, se ponía en pie y caminaba hasta el armario. Se cambió y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó la abuela.

—A vivir. A mi hija le quitaron la vida, no me la quitaran también a mí.

Cuando se fue y cerró la puerta tras de sí, la abuela rompió a llorar. Se sentía feliz por ver que su hija al fin había dado el primer paso para salir del pozo en el que estaba. También se sentía triste porque había perdido una parte esencial de su corazón. Desde el nacimiento de Nora, sus días habían estado llenos de luz y amor. Con su muerte, esa casa parecía un velatorio. Pero ¿qué iba a parecer?

Después de que Héctor llamara desde urgencias avisándolas de que Nora estaba en estado crítico, nada volvió a ser lo mismo. Incluso él, que siempre estaba molestando a su

hermana, pasó días y días sin poder levantarse de la cama. Lamentando su pérdida. Todo cambió después de que su pequeña decidiera quitarse la vida.

Al principio, el colegio no quiso hacerse cargo. Incluso intentaron echarle la culpa a un tal Ezequiel, pero nadie conocía a dicho individuo. Era el personaje favorito de Nora de una de las telenovelas que veía junto con la abuela. Cuando la policía investigó, enseguida descubrieron que aquella chica había sufrido un acoso escolar enorme. Sin embargo, llegaron a un pacto con el colegio: no se sabría nada. Por eso, ella estaba peleando. Quería que todo el mundo conociera la historia de su nieta y esto no volviera a suceder. No quería que más niños murieran por la crueldad del mundo. Era hora de que las cosas cambiarán.